

Nuestro cinema

Título:

Revisión de figuras. Ubicación de Charlot

Autor/es:

Velázquez, José Luis

Citar como:

Velázquez, JL. (1933). Revisión de figuras. Ubicación de Charlot. Nuestro cinema. (12):198-199.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42868>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



tica sobre la obtención de anhídrido sulfuroso en la extracción de minerales cuprosos. Del citado gas, la ciencia soviética obtiene azufre en muy buenas condiciones.

También citaremos el descubrimiento de un nuevo método de destilación del petróleo que permite obtener un producto secundario, del cual se fabrican luego barnices negros.

Todo esto e infinitas cosas más son las que proyecta y a lo que se dedica el cine como ciencia y como arte, en ese inmenso país con sus 160 millones de habitantes, que ocupa la sexta parte del planeta y en el cual se construye hoy una nueva sociedad que, cual potentísima antorcha, iluminará los campos y ciudades del mundo, desvaneciendo las oscuras sombras en que hasta ahora toda la pléyade parasitaria jesuítica y capitalista, tenía envuelta a la humanidad.

Sevilla y mayo 1933.

J. F U E N T E S C A L D E R A

REVISIÓN DE FIGURAS

U b i c a c i ó n d e C h a r l o t

La figura máxima del cine capitalista es Charlot. Indiscutiblemente, es genial. Esquemáticamente ubicaremos a Charlot dentro de la dialéctica materialista.

El público de Charlot es socialmente múltiple. Pobres y ricos, hombres, mujeres y niños, le aplauden y admiran. Su popularidad es sin precedente. Y, es que Charlot, por su complejidad, ha creado el tipo humano, actual, víctima de las mayores contradicciones de nuestra época. Es un sintetizador. Un exponente de la realidad ambiente. De aquí su éxito. De aquí su doble valor antagónico, revolucionario y contrarrevolucionario. Su valor revolucionario porque muestra la contradicción máxima de nuestra sociedad capitalista. Su valor contrarrevolucionario porque no es analítico y ante la realidad ambiente, en lugar de actuar, se resigna cristianamente. Charlot es sólo un descontento dentro de la burguesía. Es decir, ataca a la burguesía sin salirse de ella. De allí que sea siempre la víctima inocente y al fin resignada de la burguesía. De allí que fatalmente ella le domine. Sólo se es revolucionario en verdad, cuando no contento con el orden social, lejos de someterse, se lucha contra él. Y no se lucha en forma dispersa y anárquica, sino en forma homogénea, disciplinada, con finalidad. No se puede, pues, luchar solo. La lucha contra la sociedad actual tiene que ser colectiva. Nuestra época no se inhibe del materialismo histórico de Marx. Por el contrario, lo justifica: «la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases». Charlot no es un alineado en la lucha social clasista. Es un espectador sensible a esta trágica lucha de clases y expositor de la misma en la actual decadencia burguesa. Por esto, su rebeldía anárquica, interiorizada de pureza individualista, es sin finalidad sucesiva y contraproducente. Sus obras, por esta razón, no son constructivas. Son destructivas. De aquí su humorismo. El se ríe y hace reír de las farsas actuales, pero en el fondo, la muerte de todas estas farsas es su interior tragedia. De aquí que haga llorar y reír a la vez con el doble aspecto antagónico de su creación. La muerte de las farsas burguesas en Charlot no tiene la alegría de un venturoso nacimiento posterior, sino, exclusivamente, el dolor resignado, determinista-religioso, de la muerte, en la que algo termina y nada más.

Indudablemente la sensibilidad de Charlot es única. Mediante ella ha llegado a crear el tipo humano, contradictorio, actual, de la decadencia burguesa. Mediante su sensibilidad llega al público que ríe y llora ante sus obras y le quiere entrañablemente. Su éxito es natural. El público burgués le admira y

acepta porque él en verdad no lucha contra la burguesía. La acata resignadamente, aunque con dolor profundo, con desolada tristeza. El público proletario le aplaude y le quiere porque en sus obras, Charlot, se solidariza con el dolor de los pobres, bien que hasta el límite de víctimas de la sociedad y sólo cuando son víctimas de la sociedad. En el camino a seguir, Charlot les abandona, justamente, cuando la vida comienza a ser menos triste, más querida y de profundo sentido vital. La muerte de las farsas de nuestra sociedad burguesa, en su doble aspecto cómico y trágico, arrastra a todo el sector pequeño-burgués a las filas de los admiradores de Charlot. Es justamente la pequeña-burguesía, la que, cobarde, se resigna ante la decadencia burguesa. La pequeña-burguesía que ataca en igual forma que Charlot a la burguesía, desde adentro. Por eso también la pequeña-burguesía es la víctima que sufre interiormente y es incapaz de actuar. Es el mismo determinismo-religioso de Charlot. Es la petición, aceptación y contentamiento reformista. Si Charlot cuenta de esta manera con la unánime admiración de la burguesía y de la pequeña-burguesía no cuenta con igual admiración entre las masas explotadas. Las masas explotadas que han llegado a tener su auténtica y legítima conciencia clasista, en exclusivo, no engrasan las filas de los admiradores de Charlot.

Charlot, pues, tiene bien ganada su universalidad, en la clase social burguesa, en la pequeña-burguesa y en la proletaria que aun no tiene su conciencia clasista. La obra de Charlot quedará como el exponente más íntegro de la decadencia burguesa, individual y colectiva, social y humana. Nuestra época atormentada, contradictoria, de transición, de múltiples muertes en nosotros mismos, de interferencias sociales inextricables y absurdas, de íntima tragedia interior, oculta bajo cualquier grotesca comicidad, tiene, repetimos, en Charlot, su mejor objetiva y subjetiva realidad. Charlot es la múltiple conciencia universal de la decadencia de nuestra época. Hasta aquí llega Charlot, nada más. Su estatismo y pasivismo están manifiestos en sus últimas tres producciones: *En pos del oro*, *El Circo* y *Luces de la ciudad*. En las tres obras, Charlot, repite inalterable la misma ineludible decadencia burguesa. En la última obra, la música hecha por él mismo sincroniza admirablemente con su personalidad, acción y situación humana y social. No escapa aquí perceptible música religiosa que le vende en su intimidad evangélica, cristiana. Por marchar Charlot unido a la decadencia burguesa no encontramos en su obra ningún cambio substancial. En el proceso de su obra no hay dialéctica creadora como ya no la hay en la decadencia burguesa. En ambas sólo hay repetición, agravación cada vez más complicada y tirante del mismo mal ineludible. Charlot no da un solo paso de tentativa en la vida que vendrá, llega justo hasta el umbral de la nueva sociedad destruyendo entre risa y llanto los principios básicos de la sociedad capitalista. Y, no obstante, en Charlot también encontramos algunos de los más puros gérmenes con los cuales los pobres de hoy crearán la nueva humanidad, sin pobres ni ricos, todos unidos, sanos y alegres.

J O S É L U I S V E L Á Z Q U E Z

LOS NUEVOS FILMS

DON QUIJOTE,
film francés de
G. W. Pabst

Las grandes epopeyas literarias, los grandes monumentos de la literatura universal, ofrecen siempre un grave peligro al ser trasladados a la pantalla: su propia popularidad. En el caso concreto de la obra de Cervantes, este peligro se multiplicaba por distintas razones. No solamente porque el volumen de su contenido escapa a las exigencias espectaculares del film comercial, sino porque este contenido, en el caso de haber sido comprendido en lo que hay en él de substancial, de las luchas internas de una aspiración burguesa contra un poder feudal, escapa también al límite sociológico en que se debate el cinema de hoy.

Apenas publicado el anuncio de la realización del *Quijote*, la prensa literaria internacional señaló a los productores los peligros de su aventura. Éstos habían pensado simplemente en las posibilidades comerciales del asunto y se garantizaban a sí mismos con dos hechos concretos: con la popularidad internacional del libro de Miguel de Cer-